

El americano roncaba.

La parte de Cataluña que se recorre desde Gerona á Barcelona, es vária, fértil y admirablemente cultivada. Es una sucesion de pequeños valles, encerrados entre colinas de graciosa forma, con bosques frondosísimos, torrentes, gargantas y castillos antiguos: por todas partes una vegetacion espesa y robusta, y un verde vivísimo que trae á la memoria el severo aspecto de los valles de los Alpes. Los campesinos dan nuevo encanto al paisaje con su vestir pintoresco, que corresponde en admirable manera á la fiereza del carácter catalan. Los primeros que ví estaban cubiertos de piés á cabeza de veludo negro, y llevaban en torno del cuello una especie de chal de rayas blancas y rojas, y en la cabeza un birrete á la zuava, encarnadísimo, pendiente sobre la espalda; algunos, un par de polainas de piel ajustadas hasta la rodilla; otros, zapatos de tela, hechos á modo de pantuflas, con la suela de cuerda, abiertos por delante, y sujetos al pié con cintas negras cruzadas: un traje, en suma, esbelto y elegante al mismo tiempo que severo. Aunque el frio no era grande, estaban todos embozados en sus mantas, de suerte que sólo dejaban ver la punta de la nariz y la punta del cigarro: parecian señores que saliesen del teatro: no sólo por las mantas, sino por la forma en que las llevan, caidas de un lado, ajustadas de modo que parecen puestas al acaso, pero con aquellos pliegues y con aquellos vuelos que les dan trazas y majestad de manto. Habia algunos en todas las estaciones del camino de hierro, cada uno

con su chal de diverso color; no pocos vestidos de paños finos y nuevos; casi todos pulidísimos, y con una cierta dignidad en la apostura, que realzaba su traje pintoresco. Pocos rostros morenos; los más inclinados al blanco; ojos negros y vivaces, pero sin el fuego y movilidad de las miradas andaluzas.

A medida que se adelanta, menudean las aldeas, las casas, los puentes, los acueductos, todo aquello que anuncia la proximidad de una ciudad comercial, rica y populosa. Granollers, San Andrés de Palomar, Clot, están circundados de fábricas, de quintas, de huertos, de jardines; por todos los caminos se ven largas filas de carros, grupos de campesinos, ganados; las estaciones de los caminos de hierro están pobladas de gente: el que no lo supiese, creería atravesar una provincia de Inglaterra más bien que una provincia de España. Pasada la estación de Clot, que es la última ántes de llegar á Barcelona, véñse por todas partes vastos edificios de ladrillo, largas paredes de cercado, pilas de material de construcción, torres humeantes, fábricas, obreros; y se siente, ó parece sentirse un rumor sordo, difuso, creciente, que es como la afanosa respiración de la gran ciudad que se agita y trabaja. Al fin se abarca con una ojeada Barcelona entera, el puerto, el mar, una corona de alturas, y cada cosa aparece y desaparece en un punto, y os deteneis bajo la techumbre de la estación con la sangre revuelta y la cabeza confusa.

Una diligencia tan grande como un coche del camino de hierro me llevó á la fonda más cercana,

donde, apenas hube entrado, oí hablar italiano. Confieso que experimenté no poco placer, como si me hubiese hallado á inmensa distancia de Italia y despues de un año de viaje. Mas fué placer que duró poco. Un camarero, el mismo á quien habia oido hablar, me acompañó escalera arriba hasta una habitacion, y advertido por mi sonrisa de que debíamos ser compatriotas, me preguntó con donaire:

—*¿Finisce di arrivare?*

—*¿Finisce di arrivare?*—pregunté á mi vez abriendo los ojos.

Conviene notar que en español el modo «acabar de hacer una cosa» corresponde al modo francés *venir de la faire*. En aquel momento no comprendí lo que queria decir.

—Sí,—respondió el camarero,—*domando se il cavaliere discende ora medesimo dal cammino di ferro.*

—*¿Ora medesimo, cammino di ferro!* Pero qué clase de italiano hablas, amigo mio?

El camarero se quedó un poco desconcertado. Despues supe que en Barcelona hay gran número de criados de fonda, mozos de café, cocineros y sirvientes de todas castas, piamonteses, la mayor parte de la provincia de Novara, que fueron á España de muchachos y hablan esta jerga horrible, mezcla de francés, de italiano, de castellano, de catalan y de piamontés; no con los españoles, se entiende, porque el español lo han aprendido todos ellos; sino con los viajeros italianos, así, por gala, para que se vea que no han olvidado la lengua pátria. Por esto oí despues decir á muchos catalanes:—*¡Bah!* Entre

vuestra lengua y la nuestra hay muy poca diferencia.—¡Ya lo creo! Pudieran mejor decir lo que me dijo con tono de benévola altivez un corista castellano, á bordo del buque que me llevaba cinco meses más tarde á Marsella:—La lengua italiana es el dialecto más hermoso de todos los que se han formado con la nuestra.

Apenas hice desaparecer las huellas que la *horrible nuit* del paso de los Pirineos me habia dejado encima, sali de la fonda con intento de recorrer las calles. Barcelona es por su aspecto la ciudad ménos española de España: grandes edificios entre los cuales se ven pocos que sean antiguos, calles largas, plazas regulares, tiendas, teatros, cafés vastos y magníficos, y un movimiento continuo de gente, de coches y de carros, desde la orilla del mar al centro de la ciudad, y de aquí á los barrios extremos, como en Génova, Nápoles ó Marsella. Una calle anchísima y derecha que llaman la Rambla, y á la cual dan sombra dos filas de árboles, atraviesa casi por medio la ciudad, conforme se sube del puerto; á lo largo de la orilla del mar, sobre un alto malecon murado á manera de azotea, contra el que van á romperse las olas, se extiende una alameda espaciosa flanqueada de casas nuevas; al septentrion un barrio grandísimo, casi otra ciudad distinta: nuevos edificios rompen por donde quiera la muralla antigua y se derraman por los campos, á la falda de las colinas, prolongándose en filas interminables hasta las cercanas aldeas: sobre las alturas circuns-

tantes elévanse quintas, palacios y fábricas que se disputan el terreno, se encuentran y asoman uno tras de otro, y forman alrededor de la ciudad como grandiosa corona. Por todas partes se fabrica, se trasforma y se renueva; el pueblo trabaja y prospera; Barcelona florece.

Eran los últimos días de Carnaval. Corrian las calles largas procesiones de gigantes, diablos, príncipes, moros y guerreros, y una cuadrilla de extrañas figuras, que por desgracia tropezaba siempre, vestidas de amarillo, con una larga caña en la mano, y atada á la extremidad una bolsa que iban metiendo bajo las narices de todo el mundo, en las tiendas, en las ventanas, hasta en las celosías del primer piso de las casas, para pedir una limosna, no sé en nombre de quién, pero destinada probablemente á tomar alguna clásica borrachera la última noche de Carnaval. Lo más curioso que vi fué las mascaradas de chiquillos. Acostumbran vestir á los niños de hasta ocho años, cuáles de hombres á la moda francesa, en traje completo de baile, con guantes blancos, largos bigotes y gran peluca; cuáles de grandes de España, cubiertos de cintas y colgantes; cuáles de campesinos catalanes con la *barretina* y la manta; las niñas, de damas de córte, de amazonas, de poetisas con la lira y la corona de laurel; unos y otras, además, con trajes de las diversas provincias del país; quién de jardinera de Valencia, quién de jitana andaluza, quién de montañés vasco; vestidos los más bizarros y pintorescos que puedan imaginarse.

Sus padres conducen á los niños al paseo, viniendo á ser aquello como un certámen de buen gusto, de fantasía y de lujo, en que el pueblo toma parte con muchísimo deleite.

Estaba buscando el camino para ir á la catedral, cuando encontré un batallón de soldados españoles. Me detuve á mirarlos, comparándolos con la pintura que hace de ellos Baretí; el cual cuenta que lo asaltaron en la fonda, y el uno le tomó la ensalada del plato, y el otro le arrancó de la misma boca un muslo de pollo. Preciso es decir que han cambiado mucho desde entónces. A primera vista parecen soldados franceses, porque llevan también pantalones encarnados y un capote gris que les cae hasta las rodillas. La única diferencia notable consiste en la prenda con que se cubren la cabeza. Los españoles usan un birrete de hechura particular, aplastado hácia atrás, encorvado hácia adelante, provisto de una visera que se dobla sobre la frente, lo más de él de paño gris, duro, ligero y gracioso á la vista, y llamado con el nombre del inventor, Ros de Olano, general y poeta, que lo modeló por su gorra de caza. La mayor parte de los soldados que ví, todos de infantería, eran jóvenes, algo bajos de estatura, morenos, esbeltos, limpios, como se suele imaginar que sean los soldados de un ejército que tuvo en otro tiempo la infantería más ligera y más vigorosa de Europa. Todavía hoy los infantes españoles gozan fama de andadores incansables y corredores listísimos; son sóbrios y valientes, y están poseídos de

un orgullo nacional del que es difícil formarse idea exacta sin haberlos conocido de cerca. Los oficiales llevan levita negra y corta, como la de los italianos; la cual, fuera de los actos del servicio, suelen tener abierta, dejando ver un chaleco abotonado hasta el cuello. No ciñen espada en las horas de libertad; y en las marchas, lo mismo que los soldados, llevan polainas de paño negro que les llegan casi á las rodillas. Un regimiento de infantería en traje completo de campaña, ofrece un aspecto gracioso y marcial á la vez.

La catedral de Barcelona, de estilo gótico, coronada de atrevidas torres, es digna de compararse á las más hermosas de España. Forman el interior tres naves espaciosas, divididas por dos órdenes de altísimos pilares, sencillos y gentiles: el coro, puesto en medio de la iglesia, está adornado con profusion de bajos relieves, tallados y figuras: bajo el Santuario se abre una capilla subterránea, siempre iluminada, y á través de algunas pequeñas ventanas abiertas alrededor de aquél, se vé en medio de la capilla la tumba de Santa Eulalia. Cuenta la tradición que los asesinos de la santa, la cual era hermosísima, quisieron, ántes de darla muerte, ver su cuerpo desnudo; mas cuando estaban para despojarla del último velo, una espesa nube la envolvió y ocultó á toda mirada. Su cuerpo se conserva intacto y fresco como en el tiempo en que vivía, y no hay ojos humanos que puedan contemplarlo; por manera que un obispo indiscreto, que á fines del siglo pasa-

do quiso abrir la tumba y descubrir los sagrados restos, cegó en el acto mismo de fijar la vista sobre ellos. A la derecha del altar mayor, en reducida capilla que alumbran muchas luces, hay un Cristo de madera pintada, algo inclinado sobre uno de sus costados: refiérese que aquel Cristo fué con las naves españolas á la batalla de Lepanto, y que se contrajo así para evitar una bala que veía ir derecha á su corazón. Suspendida en la bóveda de la misma capilla, se vé una pequeña galera con todos sus remos, construida á imitación de la que montó don Juan de Austria para combatir contra los turcos. Bajo los órganos, de hechura gótica, cubiertos de grandes tapetes pintarrajeados, cuelga una enorme cabeza de sarraceno, con la boca desmesuradamente abierta, por donde en otros tiempos caían sobre los chiquillos lluvias de confites. En las demás capillas hay algun hermoso sepulcro de mármol, y tal cual apreciable pintura de Villadomat, artista barcelonés del siglo XVII. La iglesia es oscura y misteriosa. Junto á ella surge un claústro sostenido por grandiosos pilares que se componen de sutiles columnas, y cuyos capiteles están sobrecargados de pequeñas estatuas representando hechos de ambos Testamentos. En el claústro, en la iglesia, en la plazuela que se extiende por delante, en las callejuelas que conducen á ella, se respira como un áura de paz melancólica, que al mismo tiempo aficiona y entristece, á la manera que el jardín de un campo-santo. Un grupo de viejas horribles y barbudas custodia la puerta.



Dentro de la ciudad, despues de vista la catedral, no quedan otros grandes monumentos. En la plaza de la Constitucion hay dos palacios llamados Casa de la Diputacion y Casa Consistorial: el primero del siglo décimosexto, el otro del décimocuarto, que todavía conservan alguna parte digna de nota; el uno la puerta, el otro el patio; y en uno de los lados de la Diputacion una rica fachada gótica de la capilla de San Jorge. Hay un palacio de la Inquisicion con patio estrechísimo, ventanas de gruesos hierros y puertas secretas; pero ha sido rehecho casi enteramente sobre el antiguo. Consérvanse tambien algunas enormes columnas romanas, en la calle del Paraiso, perdidas en medio de casas modernas, rodeadas de escaleras tortuosas y de oscuros tugurios. No hay ninguna otra cosa que reclame la atencion de un artista. En compensacion, fuentes con obeliscos, pirámides, estátuas; alamedas flanqueadas de quintas, de jardines, de cafés y de fondas; una plaza de toros capaz de contener diez mil espectadores; un barrio que se extiende sobre un brazo de tierra que limita el puerto, construido con la simetría de un tablero de ajedrez y poblado por diez mil marineros; muchas bibliotecas, un museo de Historia natural riquísimo, y un archivo que es una de las más vastas colecciones de documentos históricos del siglo IX hasta nuestros tiempos: esto es, desde los primeros condes de Cataluña hasta la guerra de la Independencia.

Fuera de la ciudad, una de las cosas más nota-

bles es el cementerio, que está á media hora de camino de las puertas, sobre extensísima llanura. Visto desde fuera, por la parte que le dá entrada, parece un jardín, y solicita el paso con un sentimiento de curiosidad casi alegre. Mas apenas atravesado el umbral, os hallais con un espectáculo nuevo, indescriptible, realmente diverso del que esperábais: os hallais en medio de una ciudad silenciosa, atravesada por largas calles desiertas, que flanquean muros de igual altura, derechos y cerrados en el fondo por otros muros. Se va adelante, se llega á una encrucijada, y desde allí se ven otras calles, otros muros en el fondo, otras encrucijadas lejanas. Parece estar en Pompeya. Los muertos descansan dentro de las paredes, dispuestos á lo largo en varias filas, como los libros en las bibliotecas. A cada caja corresponde sobre el muro una especie de nicho que declara el nombre del difunto; y donde no hay ninguno sepultado, ponen en el nicho la palabra *Propiedad*, que quiere decir que aquel puesto tiene dueño. La mayor parte de los nichos están cubiertos por cristales, otros por rejas, otros por sutilísima red de alambre: todos contienen variedad grande de objetos puestos allí por las familias en homenaje de los muertos, como retratos en fotografia, altaritos, cuadros, bordados, flores contrahechas, y á menudo tambien nimiedades que les fueron gratas en vida; cintas, monerías de mujer, juguetes de niño, libros, estampas: mil cosas que recuerdan la casa y la familia é indican la profesion de aquél á quien pertenecieron, y que no puede uno mirar sin enternecerse.

De cuando en cuando se ve uno de estos nichos abierto y vacío, señal de que durante el día han de meter en él una caja. La familia del muerto debe pagar un tanto al año por aquel espacio: cuando deja de pagar, sacan de allí la caja y la llevan á la fosa comun del campo-santo de los pobres, al cual se llega por una de las calles que he dicho. Estando yo en él dieron á uno sepultura: ví á lo lejos poner la escalera y levantar en alto el ataúd, y eché á andar. Cierta noche cayó ó se tiró un loco en uno de aquellos hoyos vacíos; pasó un guarda del cementerio con su linterna encendida; el loco arrojó un grito para causarle miedo, y el pobre hombre vino á tierra como herido de un rayo, atacado de mortal enfermedad. Ví en un nicho una hermosa trenza de cabellos rubios que fueron de una muchacha de quince años, la cual habia muerto ahogada, y cosida á la trenza una tarjeta con esta palabra escrita: «¡Querida!» A cada paso se encuentra algo que hiera la mente y el corazón: todos aquellos objetos hacen el efecto de un rumor confuso de voces de madres, esposas, niños y ancianos, que dicen quedo al que pasa:—¡Soy yo! ¡Mira!—

En cada encrucijada se elevan estátuas, templos y obeliscos, con inscripciones en honor de los ciudadanos de Barcelona que hicieron obras de caridad durante la invasion de la fiebre amarilla por los años de 1821 y 1870. Esta parte del cementerio, fabricada, si así puede decirse, á modo de ciudad, pertenece á la clase media de la poblacion, y linda con dos anchos recintos: uno destinado á los pobres,

y como tal desnudo, sembrado aquí y allá de grandes cruces negras; otro destinado á los poderosos, más vasto todavía que el primero, cultivado como un jardín, rodeado de capillas, variadísimo, rico, soberbio. En medio de un bosque de sauces y cipreses, álzanse por todas partes columnas, sepulcros enormes, capillas marmóreas sobrecargadas de esculturas y coronadas con figuras atrevidas de arcángeles que elevan los brazos al cielo, pirámides, grupos de estatuas, monumentos grandes como casas, que sobrepujan á los árboles más altos; y de monumento á monumento, cuadros de césped y de flores, cerrados por preciosas verjas: á la entrada, entre este campo-santo y el otro, una magnífica aunque pequeña iglesia de mármol, ceñida de columnas y medio oculta por los árboles, que dispone noblemente el ánimo al grandioso espectáculo interior. Saliendo de este jardín se atraviesan de nuevo las calles desiertas de la necrópolis, que parecen aún más silenciosas y más tristes que al entrar; y pasada la verja, saluda uno con placer las pintadas casas de los arrabales de Barcelona, esparcidas por el campo como avanzadas puestas allí para anunciar que la populosa ciudad crece y se dilata.

Del cementerio al café hay un buen salto; pero viajando se dan todavía más largos. Los cafés de Barcelona, como casi todos los de España, son un solo vastísimo salon adornado de grandes espejos, con tantas mesas cuantas pueden contener, de las cuales es raro que quede una libre, siquiera, por me-

dia hora, durante todo el día. De noche los invade la multitud, y se llenan todos, hasta el punto de que muchas veces hay que aguardar largo rato para conseguir un pequeño puesto cerca de la puerta. En torno de cada mesa se sientan cinco ó seis *caballeros*, con la capa sobre las espaldas (la capa es un manto de paño oscuro, provisto de amplia peregrina, que se lleva en vez de nuestro capote de invierno); y en todos estos círculos se juega al dominó. Es el juego más en boga entre los españoles. En los cafés, desde que oscurece hasta media noche, se oye un rumor duro, continuo, ensordeciente, como el rumor de la granizada, producido por centenares de manos que vuelven y revuelven las fichas del dominó: casi hay que alzar la voz para hacerse oír del que está al lado. La bebida más usual es el chocolate, muy exquisito en España: sírvendolo por lo común en pequeñas jicaras, espeso como jarabe de enebro, y caliente que quema la garganta. Una de estas tazas con un poco de leche, y una pasta particular y tiernísima que llaman bollo, es un desayuno de Lúculo. Entre bollo y bollo hice mis estudios sobre el carácter catalán, discurrendo con todos los *Don Fulanos* (nombre sacramental en España, como el Tizio entre nosotros), que tuvieron la bondad de no suponerme un espía mandado desde Madrid para olfatear el aire de Cataluña.

Andaban los ánimos en aquellos días muy alterados por la política. A mí me sucedió varias veces, hablando inocentemente de un periódico, de un per-

sonaje, de un hecho cualquiera, que el *caballero* que me acompañaba, ya en el café, ya en una tienda, ya en el teatro, me sucedió, digo, que á menudo sentia que me tocaban la punta del pié y murmuraban á mi oído:—Cuidado; ese señor que está á su derecha es un carlista.—Silencio; aquél de allí es un republicano.—El otro es un sagastino.—Este de al lado un radical.—Aquel de allá abajo un cimbrío.—Todos hablaban de política. Hallé un carlista fanático en un barbero; quien habiendo advertido por mi pronunciacion que era conciudadano del Rey, tentó á la larga de meterme en discurso. Yo no dije palabra, porque me estaba afeitando, y un resentimiento de mi amor pátrio hubiera podido hacer correr la primera sangre de la guerra civil; pero el barbero insistió, y no acertando por qué camino venir á su objeto, salió al cabo diciendo con acento cortés:

—¿Sabe V., caballero, que si hubiera guerra entre Italia y España, España no tendria miedo?

—Estoy persuadido de ello,—respondí huyendo de la navaja.

Despues me aseguró que Francia habia de declarar la guerra á Italia apenas pagase á los alemanes; *no hay escapatoria*. Me callé: entónces estuvo como meditando un rato, y luego dijo maliciosamente:

—¡Cosas grandes van á suceder dentro de poco!

Agradó con todo á los barceloneses que el Rey se hubiera presentado á ellos en actitud confiada y tranquila, y la gente del pueblo recuerda no sin admiracion su entrada en la ciudad. Hallé simpatías por el Rey hasta en algunos que murmuraban entre

dientes:—No es español,—pensando como un tal que me preguntó:—¿Parécele á V. que estaria bien en Roma ó en París un monarca castellano?—pregunta á la cual se responde:—No entiendo de política,—y conversacion concluida.

Pero los verdaderamente implacables son los carlistas. Dicen de nuestra revolucion cosas de perros, con la mejor buena fé, estando en su mayoría convencidos de que el verdadero rey de Italia es el Papa; que Italia lo quiere, y que ha inclinado la cerviz bajo la espada de Víctor Manuel, porque no podia hacer otra cosa; pero que aguarda ocasion propicia para libertarse de él, como se ha libertado de los Borbones y de otros. Puede contribuir á probarlo la siguiente anécdota, que refiero tal cual la he oido, sin sombra siquiera en la intencion de herir á la persona que desempeña en ella el primer papel. Un jóven italiano á quien conozco íntimamente, fué una vez presentado á cierta señora de las más principales de la ciudad, y recibido en su casa con exquisita cortesania. Asistian á la reunion varios italianos. La señora habló con sumo afecto de Italia, mostróse agradecida al jóven por el entusiasmo que España le inspiraba, y durante casi toda la noche mantuvo, en fin, viva y sabrosá conversacion con el reconocido huésped. Preguntóle de pronto á qué ciudad de Italia iria á establecerse cuando allí volviese.

—A Roma,—respondió el jóven.

—¿Para defender al Papa?—dijo la señora con la más abierta franqueza.

El jóven la miró, y contestó sonriendo con ingenuidad:

—No, seguramente.

Aquel *no* desencadenó una tempestad. Olvidóse la señora de que el jóven era italiano, y amen de italiano su huésped, y prorumpió en tal furia de invectivas contra el rey Víctor Manuel, contra el gobierno piamontés, contra Italia, repasando desde la entrada del ejército en Roma hasta la guerra de las Marcas y la Umbría, que el mal comprendido extranjero se quedó blanco como la pared; bien que haciéndose fuerza á sí mismo no quiso responder palabra, y dejó á los otros italianos, amigos antiguos de la casa, el cuidado de sostener la honra de su país. La discusion duró un rato, y fué encarnizada: al cabo conoció la señora que habia ido demasiado léjos, y dió á entender que le dolía; pero sus palabras demostraron claramente una cosa; y es, que estaba convencida, y con ella quién sabe cuántos, de que la unificacion de Italia se ha hecho contra la voluntad del pueblo italiano, y la ha hecho el Piamonte, el Rey, por codicia de dominio, por ódio á la religion, etc.

El pueblo bajo, sin embargo, *republicanea*; y como tiene fama de ser más pronto en los hechos que largo en las palabras, se le teme. Cuando en España se quiere extender la voz de una próxima revolucion, se comienza siempre por decir que estallará en Barcelona, ó que está para estallar, ó que ha estallado.

Los catalanes no gustan de que se les baraje con los españoles de las otras provincias. «Somos es-



pañoles, dicen; pero, entendámonos: de Cataluña; gente, quiere decir, que trabaja y que piensa; y á cuyos oídos es más grato el rumor de los ingenios mecánicos que el sonido de las guitarras. Nosotros no envidiamos á Andalucía la fama novelesca, los elogios de los poetas, ni los cuadros de los pintores; á nosotros nos basta con ser el pueblo más sério y más laborioso de España.» Hablan, en efecto, de sus hermanos del mediodía, como los piemonteses hablaban antiguamente, ahora no tanto, de los napolitanos y toscanos: «Sí, tienen ingenio é imaginación, hablan bien, divierten; pero nosotros tenemos en cambio mayor vigor de voluntad, mayor aptitud para los estudios científicos, mayor instrucción popular... y además... el carácter...» Oí á un catalán, hombre de ingenio claro y no poca doctrina, lamentar que con la guerra de la Independencia hubiesen fraternizado demasiado las diferentes provincias de España, porque de aquí se siguió que los catalanes contrajesen parte de los defectos meridionales, sin que los meridionales adquirieran ninguna de las buenas cualidades catalanas. «Hemos venido á ser, decía, más ligeros de cascos;» y andaba con esto que no sabía de qué suerte consolarse. Un comerciante á quien pregunté qué pensaba del carácter de los castellanos, me respondió bruscamente que, á su entender, sería gran fortuna para Cataluña que no hubiese camino de hierro entre Barcelona y Madrid, porque el comercio con aquella gente corrompe el carácter y las costumbres del pueblo catalán. Cuando hablan de un diputado parlanchin, dicen:—¡To-

ma...! es andaluz.—Ridiculizan además su lenguaje poético, su dulce manera de pronunciar, su alegría infantil, su vanidad y su afeminación. En cambio, los andaluces hablan de los catalanes como una señorita caprichosa, literata y pintora, hablaría de una de aquellas muchachas caseras que leen *La cocinera Genovesa* con preferencia á las novelas de Jorge Sand. Son gente dura, dicen, toda de una pieza, que no piensan más que en la aritmética y en la mecánica; bárbaros, que harían de una estatua del Montañés un mortero, y de un lienzo de Murillo un encerado; verdaderos Beocios de España, insoportables con aquella jerga que hablan, con aquel ceño, con aquella gravedad de pedantes.

Cataluña, en efecto, es acaso la provincia de España que ocupa ménos lugar en la historia de las bellas artes. El único poeta, no grande, pero célebre, que ha nacido en Barcelona, es Juan Boscan, que floreció á principios del siglo XVI, é introdujo en la literatura española el verso endecasílabo, la canción, el soneto y todas las formas de la poesía lírica italiana, de la cual era admirador apasionado. ¿De qué depende una transformación grandísima, como lo fué esta, en la literatura toda de un pueblo? De haber ido Boscan á Granada cuando estaba allí la corte de Carlos V, y haber en ella conocido á un embajador de la república de Venecia, Andrea Navajero, que sabía de memoria los versos de Petrarca, y se los recitaba, diciéndole á menudo:—Me parece que también vosotros podríais escribir así. Intentad-

lo!—Boscan probó, y todos los literatos de España gritaron contra él. Que el verso italiano no sonaba; que la poesía de Petrarca era de una dulzura femenil; y que España no necesitaba arrastrar el estro sobre las huellas de nadie. Boscan se mantuvo firme; siguióle Garcilaso de la Vega, el valeroso caballero, amigo suyo, que recibió despues el glorioso título de Malherbe de España; la legion de los reformadores fué engrosando poco á poco, llegó á ser un ejército, venció y dominó la literatura entera. Garcilaso fué quien verdaderamente consumó la reforma; pero Boscan tuvo el mérito de la primera idea, por donde corresponde á Barcelona el honor de haber dado á España quien hiciera tomar nuevo semblante á su literatura.

Durante los pocos dias que me detuve en Barcelona, solia entretener la noche con algunos jóvenes catalanes, paseando á orillas del mar, á la luz de la luna, hasta hora muy avanzada. Sabian todos un poco de italiano, y eran amantísimos de nuestra poesía; por manera que se nos iban horas y horas en declamar versos, ellos de Zorrilla, de Espronceda y Lope de Vega, yo de Fóscolo, de Berchet y de Manzoni; alternando los unos y los otros con una especie de desafío á quien los decia más hermosos. Se experimenta un sentimiento nuevo diciendo versos de nuestros poetas en país extranjero. Cuando veia á mis amigos españoles atentos todos á la descripcion de la batalla de Maclodio, conmovearse poco á poco, inflamarse, y luego agarrarme por el brazo y exclamar con un acento castellano que me hacia más gratas sus palabras:—¡Hermoso! ¡sublime!,—sentia re-

volvérseme la sangre... temblaba: creo que si hubiera sido de día, me habrían visto blanco como el papel. Recitáronme versos en lengua catalana. Y digo lengua, porque tiene historia y literatura propias, y no fué relegada al estado de dialecto sino allá por la época en que comienza el predominio político de Castilla, que impuso su idioma como idioma general del país. Bien que sea una lengua áspera, toda de palabras agudas, ingrata al principio por poco delicado que se tenga el oído, posee sin embargo cualidades notables que los poetas populares supieron aprovechar con admirable maestría, y se presta muy particularmente á la armonia imitativa. Una poesía que me recitaron, cuyas primeras estrofas imitan el rumor cadencioso del tren, me arrancó un grito de asombro. Pero, sin explicaciones, el catalan no es inteligible ni aun para aquellos que conozcan la lengua española. Hablan pronto, con los dientes apretados, sin ayudar á la voz por medio del gesto; de suerte, que es difícil entender el sentido de un periodo, áun siendo sencillísimo, y por acaso se coge una palabra al vuelo. Tambien la gente del pueblo, sin embargo, habla cuando llega el caso el castellano, penosamente y sin gracia; pero siempre mucho mejor que se habla el italiano por el pueblo bajo en las provincias septentrionales de Italia. Ni aún las personas cultas usan perfectamente en Cataluña el idioma nacional: un castellano reconoce en seguida á un catalan, no sólo por la pronunciacion, sino tambien por la voz, y sobre todo por la impropiedad de la frase. De aquí que el extranjero que vaya á

España creyendo que sabe hablar el castellano con donaire, puede conservar su ilusion mientras esté en Cataluña; mas apenas penetre en las Castillas, y oiga por primera vez aquel tiroteo de agudezas, aquella profusion de proverbios, de modos, de idiotismos agudos y por extremo gráficos, que lo dejan con la boca abierta, como Alfieri delante de Monna Vocaboliera cuando le hablaba de calcetas, ¡adios ilusiones!

La última noche fui al teatro del Liceo, que tiene fama de ser uno de los más bellos de Europa, y acaso el más grande. Estaba completamente lleno de gente, desde el patio hasta el gallinero; tanto, que no hubiera cabido un ciento más de personas. Desde el palco en que yo estaba, veíase á las señoras del lado opuesto pequeñas como niñas; y entornando los ojos, no se distinguian más que listas blancas, una por cada órden de palcos, trémulas y brillantes como hermosas guirnaldas de camelias que agitate el viento, y sobre las cuales hubiera salpicado sus perlas el rocío. Los palcos, que son grandísimos, están divididos por un tabique que baja desde la pared hasta la delantera, dejando descubierto todo el busto de las personas sentadas en las primeras sillas; de modo que para los ojos el teatro parece hecho todo por galerías, y adquiere con esto un aire de ligereza graciosísimo á la vista. Allí todo se nota, todo está descubierto; la luz dá en todas partes; cada espectador puede ver á todos los espectadores; los pasillos son anchos; se vá, se viene, se gira á capricho por cualquier lado; se puede contemplar á